



ALEJANDRO ZEPEDA / EFE

casillero cerrado para que guarde sus cosas”.

María Dueñas (Puertollano, 1964) ha tratado el tema de la emigración en varias de sus novelas. En la última, *Las hijas del Capitán* (Planeta) se centra en una familia que se trasladó de España a EE.UU. y recrea el ambiente de la Little Spain, la calle de Nueva York en que se juntaban los emigrantes españoles durante los años 30.

Al saber que había un libro suyo en el centro de acogida de Guadalajara, el pasado martes se desplazó a él para conocer a los emigrantes y los trabajadores y voluntarios. Lo mismo hizo, al día

El pensador. Un grupo de emigrantes latinoamericanos, el pasado sábado, acampados en el exterior de un albergue de la ciudad fronteriza de Tijuana (México).

siguiente, Juan Pablo Villalobos (Guadalajara, 1973), que acaba de publicar justamente *Yo tuve un sueño* (Anagrama), una decena de historias reales sobre niños que cruzaron la frontera con EE.UU entre el 2011 y el 2014.

En el parque infantil, una niña lanza a Villalobos un dinosaurio de peluche con gran alegría, para llamar su atención. Le cuenta que su padre se ha ido a trabajar a un hospital de la ciudad. Algunos de los niños mayores han ido a la escuela. Pertenecen al bloque más estable, el de los que aspiran a poder quedarse en México.

Dos días después de la visita de Dueñas, llega un paquete de libros para niños del grupo Planeta que provoca un alborozo general. También llegan varios ejemplares de *Yo tuve un sueño*, donde los migrantes podrán leer esos “testimonios de éxito” de gente que pasó al otro lado y pondrán palabras a muchas de las cosas que sienten.

Se aprende más aquí de emigración y de sus motivaciones que en cualquier máster. La salvadoreña Josefa de la Morena, de 56 años, dice: “A mí me batearon y, al verme destrozada y ensangrentada, mi papá se murió del susto, se le paró el corazón”.

Oscar Gerardo Escobar, carpintero de 60 años: “Soy de Tegucigalpa, me persiguen las maras. A mi nieta me la acaban de matar, el 20 de mayo de este mismo año, tenía 20. Mi hija anda escondida. Yo no quería que metieran a mi nieta en una pandilla, así que me fui a hablar con el jefe, llegué al acuerdo de que por lo menos le dejarán acabar los estudios y ya después lo agarran”. Ellos no le molestaban por ese tiempo y, a cambio, a mí me utilizaban para funciones como ir a depositar dinero a un sitio. Así gané tiempo para pensar, y me las arreglé para enviar al niño con su padre, a EEUU, lo entré como ilegal, ahora viven los dos en Texas. Es triste perder a alguien a quien uno quiere, todavía no acepto que mi niña esté muerta. Por el día ayudo en los trabajos del centro, pero por la noche... Me viene todo a la cabeza, mi pobre niña. Lo peor es la noche”.



La primera vez que el niño vio nevar

■ El escritor Juan Pablo Villalobos (Guadalajara, 1973), vecino del barrio barcelonés de Gràcia, acaba de publicar *Yo tuve un sueño* (Anagrama), que recoge testimonios de niños que cruzaron la frontera entre México y EE.UU. Invitado en la FIL, el pasado miércoles visitó a los emigrantes del centro que FM4 tiene en su ciudad, donde conversó con este diario de su nueva obra. “El impulso inicial –cuenta– fue el encargo en el 2014 de un editor estadounidense que, tras leer mis novelas *Fiesta en la madriguera* y *Si viviéramos en un país normal*, creyó que yo tenía el tono literario para dar voz a esos niños. En aquella época llegó a haber 80.000 niños detenidos en la frontera. Fui a Los Angeles, donde entrevisté a dos adolescentes y surgió la idea de hacer más. En el 2016 viajé para entrevistar al resto”.

El resultado es a la vez social y literario. Las breves historias pueden leerse como cuentos, con diversos registros y tonos, de lo lírico al thriller e incluso escenas de novela de aventuras con chavales cruzando desiertos o ríos peligrosos infestados de cocodrilos donde el agua les cubre hasta la cintura. “No me servía la mera transcripción –explica–, un tanto cansina. Utilicé herramientas de la ficción para destilarlo todo, concentrarlo. Quería un libro breve, contundente, conmovedor, que produjera empatía. Yo lo veo como cuentos de no ficción. Por ejemplo, uno de los textos es un diario, que el niño obviamente no escribió pero me baso fielmente en todo lo que me dijo, es una estrategia narrativa, como el texto en que la voz es la del pandillero en primera persona y no del que me lo contó. Los

hechos son todos reales”. “Estaba preocupado –prosigue– por transmitir la dignidad de los adolescentes, no ser demasiado escandaloso. Así, dentro del horror, aparecen elementos luminosos: el niño que ve nevar por primera vez, el gay salvadoreño que sufre acoso, huye y se enamora en el camino, los niños que suben a un avión por primera vez, al ser trasladados de una cárcel a un albergue, y se emocionan porque nunca antes habían volado... También la solidaridad entre dos chicas que cambian su lugar en la sala donde están hacinadas para poder dormir por turnos”. Afirma que “por desconocimiento lo vemos como un tema lejano pero también existe en nuestra ciudad: en Barcelona hay un centro de detención de menores, con muchos niños sirios y marroquíes... y están saturados”.

la revisión médica en un cubículo. Los box se parecen a los de urgencias en algunos CAP de Barcelona y, además de los sanitarios, los hay donde se ofrece asistencia jurídica o psicológica. Antes de entrar al recinto “deben dejar en la entrada sus teléfonos u objetos como aerosoles. Y a cada uno se le asigna un